

Carta de amor a mi pueblo

Benicàssim, julio '96

Querido pueblo:

Mi carta de hoy tiene destino y es de amor, entre la nostalgia y la realidad para la plaza de Cervantes. Hace algún tiempo quise ir a la plaza de Cervantes, aquel día, no quiero negarlo, buscaba la nostalgia, sin embargo al llegar allí me encontré de cara con la realidad.

Lo primero que vi fue el nombre de la plaza y pensé en el ilustre escritor, que era manco, en un gran pintor que era ciego y en un músico genial que era sordo.

Esto me hizo entender que nada es lo que pueda parecer. Después, vi las papeleras, por lo que te felicito sinceramente, querido pueblo. Ahora, por fin podremos tirar en ellas todo lo que resulte inútil. Ver la fuente, me hizo pensar en el agua y en sus propiedades, ¿de dónde vendría?, ¿sería de un pozo sin fondo?, ¿calmará la sed de justicia?

Si tenemos en cuenta que la justicia viene representada por una dama con los ojos vendados podemos pensar que no verá nada. Sólo falta que sea un poco sorda y no pueda escucharnos. En fin...

La realidad me rodeaba y me miraba, mientras yo notaba que estaba esperando alguna respuesta mía. Después me dijo: "¿Cómo te encuentras?". "Muy bien", contesté. Ella dijo, "parece que no te alegras de verme". Yo dije, "es que hoy pensaba encontrar a la nostalgia, no contaba con tu presencia".

Ella me dijo, "Mira, Teresita, ¿no me reconoces en tí? Yo la miré a los ojos y le dije, "si, eres muy bella en ti misma".

Ella bromeó, ¿como los toros?. Por sus palabras las dos nos reímos y nos reconciliamos por primera vez.



He visto jugar, ahora como antes, en la plaza de Cervantes. Julio-96.

La realidad añadió que siempre estaría cerca de mí, que siempre me estará esperando y que tenía que contar con ella. En aquel momento, por una esquina de la plaza apareció la nostalgia. Yo la vi muy bella, vestida de blanco y adornada como iba, por el paso del tiempo.

Tan irreal como auténtica. Y, al verla tan cerca de mí, me saltaron las lágrimas. Ella me abrazó y me dijo: "Mira, Teresita, he venido a verte pero con una condición". Yo contesté, "perdona, las condiciones no me gustan".

Ella dijo, "la condición es no verte llorar por mí. Si eso sucede lo tiro todo a esas papeleras que ha instalado «doña realidad»". Yo contesté, "amiga mía, no sufras por mí, ha sido la emoción de verte, la alegría de encontrarte". Ella dijo, "¡qué suerte tenemos! Entonces hablemos sin reservas, de lo que tú quieras". Yo dije, "Prefiero escucharte a ti, dedicarte este momento". La nostalgia me habló, ¿te acuerdas de aquel columpio que te rompió un diente? ¿Y

de la barca? Y después, ¿recuerdas? cuando allí, en aquel banco queríais cambiar el mundo... Ella siguió hablándome durante mucho tiempo y en voz muy baja porque la realidad, celosa, nos estaba mirando. Todo lo que me dijo ella aquel día yo no puedo repetirlo porque soy su amiga fiel y compartimos secretos.

A mí me esperaba la realidad y la nostalgia tenía que ir a encontrarse con otros corazones solitarios, por lo que pensamos que debíamos despedirnos, antes de eso, ella me dijo que siempre estará conmigo y que siempre la encontraría en aquella plaza. La nostalgia y la realidad no quisieron ni mirarse y cada una se quedó en su territorio, sin acabar de encontrarse nunca.

Yo no puedo prescindir de ellas y a las dos las necesito, pero aquel día me tenían atrapada y quería escapar de ellas. Ya me iba a dejar pasar el tiempo a otro lugar cuando vi a unas niñas que jugaban en la plaza.

Las niñas cantaban, gritaban y se reían. Yo me quedé un momento más solo para

mirarlas, para sentir su alegría. Una de ellas, la más pequeña, se acercó mucho a mí, me miró y me sonrió abiertamente. Yo no pude decirle nada, ni preguntarle su nombre, prendada como me quedé de ver su belleza. La reconocí, como la más clara realidad. Tan bella era, como la luz de una mañana.

¡Cuánta imaginación! ¡Cuánta fantasía! Cuántas palabras necesitaría para expresar lo que aquella niña me dijo, sólo con su presencia, su sonrisa, sólo con su mirada.

Todo esto ocurrió hace algún tiempo... Hoy, en mi tierra es verano y el sol de justicia, como el agua de la fuente pero corre la brisa y el tiempo pasa alegremente.

De nuevo pienso en la niña, que aquel día me pareció la más clara realidad. Sin embargo, hoy la recuerdo con nostalgia porque no he vuelto a verla. ¡Era tan bella! Como la luz de esta mañana.

Hasta siempre, querido pueblo.

Teresa Segarra Tomás